

omnipotencia, sobre las grandes épocas de nuestros anales revolucionarios, viéndose claramente, que todos los que han gozado la opinion popular, la han perdido en el dia, en que han intentado oponerse al curso de las cosas! No atribuyamos á causas débiles las grandes crisis de los estados: un solo hombre, ó algunos miles no habrian podido emprender las vastas mudanzas, que todos han hecho; y en el dia, en que una nacion, cansada de mil desastres, ha querido poner un termino á la revolucion, no hay genio súblime, ni intrepidos conjurados, que hubiesen podido hacerla adelantar un paso. Es cierto, que, algunas veces, pequeños hechos aislados determinan un movimiento, que, largo tiempo, ha sido necesario. Una chispa por casualidad, hace la explo-

sion de un almacen de polvora, y no es ella, sino el almacen la causa del desastre.

Se nos debe perdonar esta digresion, que hemos creido necesaria, porque hay tantos, que atribuyen aun la revolucion á algunas intrigas, complaciéndose, al mismo tiempo, en estender la reprobacion que ellos imponen á sus autores. Volvamos á la toma de la Bastilla.

En vano los guardias vencedores, y las milicias parisienses tomaron la defensa de sus enemigos desarmados. Algunos bandidos, y una masa furiosa, de la clase mas indecente del pueblo, levantaba gritos de venganza, y horribles imprecaciones contra estos desgraciados: Delaunay, sobre todo, era el objeto de su odio: Elie y Hallin haciendo un noble uso del ascendiente,



que les dió la victoria, trataron de separar este último del furor de la multitud: le tomaron baxo su guardia, y lo condujeron á la casa de Ayuntamiento. Su marcha fué para él una larga y cruel agonía; los ultrages, y los golpes le persiguieron, sin cesar, presentandosele, á cada instante, la perspectiva de una muerte horrorosa. « ¡Gracia! gracia! » gritaba el desgraciado, dirigiendose al populacho, y volviendose acia los generosos guardias franceses. « ¡Ah! señores, decia, es esto lo que me habeis prometido; ¡ah! libertadme de tales horrores; quitadme la vida, y no permitais, que sufra mas tiempo. » Enfin, arrancado, de las manos de sus conductores, en la plaza de Grève, fué sacrificado, por los canibales que le persiguieron, desde la Bastilla y su cabeza, puesta en

la punta de una pica, fué paseada por las calles, y llevada al Palacio Real. El mayor de la Bastilla, hombre honrado, tan amado de los prisioneros, como detestaban á Delaunay, sufrió la misma suerte. Algunos invalidos fueron, tambien, degollados; y otros, protegidos, por ciudadanos armados, pudieron llegar hasta la casa de Ayuntamiento, en donde los guardias franceses pidieron al pueblo su gracia, que fué concedida, entre un millar de aplausos; y los asesinos, reducidos al silencio, asistieron á una escena penetrante de reconciliacion.

Otra victima sangrienta manchó, aun, este dia de gloria; Flesselles, prevoste de los mercaderes de Paris, por nombramiento de los electores, como primer magistrado, que era de la ciudad, para



presidir el consejo de la comun, estaba de inteligencia con la corte. Se habia ya hablado mal, por haber retardado las operaciones de los Parisienses, y se encontraron sobre Delaunay, pruebas convincentes de su traycion. Los electores le hicieron cargos, que merecia, y le mandaron salir, que fué lo mismo, que condenarle á muerte. Al salir de la casa de ayuntamiento fué sacrificado, y su cabeza, del mismo modo, que la de Delaunay, fué paseada en la punta de una pica y sirvió de diversion al populacho irritado.

Paris se resentio de semejantes crímenes; pero el peligro no habia desaparecido, y toda la noche se pasó, como la precedente, en preparativos de defensa. Los enemigos no parecieron, y la capital concibió nuevas esperanzas, recibiendo

una diputacion de sesenta miembros de la asamblea nacional, que venian á darle parte del afortunado resultado de su valor, y su heroico teson.

Aunque en relaciones muy imperfectas los acontecimientos de Paris llegaron á Versalles. La corte empezó á desconfiar de sus propias empresas, y, sin embargo, perseveró en sus planes. Se ocultó al rey la triste verdad, y se quiso apresurar la egecucion de las medidas fatales, que le habian hecho tomar. Una nueva diputacion de la asamblea nacional fué á solicitar la separacion de las tropas, y Mirabeau dixo á Lafayette, que la presidía: « Decid al rey, que las hordas extrangeras, de que estamos amenazados, recibieron ayer la visita de los principes, de las princesas, de los favoritos y favoritas; y que sabemos tambien, las



caricias, exortaciones, y presentes, que les hicieron: decidle, que toda la noche estos satélites extrangeros, saciados de oro y de vino, han predicho, en sus canciones, la esclavitud de la Francia; que sus deseos brutales invocaban la destruccion de la asamblea nacional: y que en su palacio mismo los cortesanos han baylado, al son de esta música bárbara; como sucedio en el día que precedio á la carnicería de San Bartolome; decidle que Enrique IV cuya memoria bendice el universo hacia pasar viveres á Paris sublevado, cuando el lo sitiaba en persona, y que sus consejeros feroces hacen volver atras las harinas, que el comercio le trae ahora fiel y hambriento. »

No bien acabó la asamblea de oír este apostrofe vigoroso, cuando supo que el rey venia á su seno.

El monarca al fin instruido por Liancour del estado verdadero de las cosas vio que el falso celo de los cortesanos iba á precipitarle en el abismo, y que el empleo de la fuerza, siempre cruel, y muchas veces peligroso, es ridiculo, y funesto, cuando no se puede sostener; por consiguiente, aunque no estuviese convencido de los derechos de la asamblea, y del pueblo, vio la necesidad urgente de reconocerlos, y cediendo á los consejos de Liancourt, y de Monsieur, prometió firmar una acta de reconciliacion.

Se presentó en la asamblea, sin fausto, <sup>15 julio.</sup> acompañado solamente, de sus hermanos, y el pueblo, cuya atitud silenciosa manifestaba el dolor, se agolpaba á su paso. En pie, y descubierto, anunció Luis á los representantes, que cedía



enfin á sus deseos; que había mandado la separacion de las tropas, y que se unia, de buena voluntad á sus trabajos. Los gritos de *viva el rey!* fueron la respuesta. Los diputados le acompañaron al palacio, y el pueblo se agolpó, al rededor de ellos, dividiendo los transportes de su alegría, y llenando de bendiciones á este mismo monarca, que, un instante antes, tenia como á su enemigo.

Los Parisienses recibieron, con entusiasmo, la noticia de este acontecimiento, y la promesa de que el rey haria un viage á la capital. Los diputados, que le daban estas esperanzas, fueron el objeto de sus transportes, y de su respeto; uno de ellos, Lafayette, fué nombrado por los electores, comandante general de la milicia de Paris; y el respetable Bailly,

16 julio

presidente del juego de pelota, corregidor de esta heroica villa.

El 17, aun, se dudaba del viage del <sup>17 julio.</sup> rey, y los Parisienses manifestaban descontento, é impaciencia, cuando despues de comer se supo, que Luis estaba en la barrera de la Conferencia, en donde fué recibido, por el córregidor Bailly, quien le presentó las llaves de la ciudad, dirigiendole estas palabras: « Son las mismas, que se ofrecieron al rey Enrique IV: este principe acababa de conquistar á Paris, y hoy es el dia, en que Paris ha reconquistado su rey. » El pueblo negó la entrada á la ciudad de los guardias de corps, que hacian parte del acompañamiento real, y ofreció rehenes, en cambio de Luis XVI, que entró sin escolta en su capital, sublevada, y triunfante. Doscientos mil ciudadanos



armados formando tres filas á cada lado de las calles, por donde pasó; un exercito nuevo disciplinado, y obediente, reconociendo gefes que no habia nombrado, fué el espectáculo, que llamó la atención de Luis XVI en este viage. Rey-  
 nó el silencio lúgubre en toda la carrera, ningun aplauso ni señal de respeto se le concedio; pero no tuvo, que sufrir ultrage alguno.

Los diputados, que se habian unido á su comitiva, saludados por el pueblo, parecian mas bien reyes, que el: llegó en fin á la casa de ayuntamiento, en donde recibio la cucarda tricolor, de las manos de Bailly <sup>1</sup> de quien confirmó el

<sup>1</sup> El rey dudaba ponerse esta señal de libertad. «Tomadla señor, le dixo el corregidor con viveza y ternura.» El rey comprendio el designio, é inquietud de Bailly; tomo la cucarda, y

nombramiento, como tambien el de Lafayette, por conservar, aun, á lo menos, en la apariencia la autoridad, que realmente, habia cesado de pertenecerle. Su conmocion era grande, sin duda el miedo, y la humillacion se mesclaban, en su alma, á las inquietudes, que la atormentaban, por su pueblo y su familia, y no pronunció, sino estas palabras, «mi pueblo puede contar, siempre, con mi amor.» Lally Tolendal, cuya alma tierna y simpática sufría las penas del monarca, y cuya imaginacion ardiente se complacia en la regeneracion de la Francia, pronunció un discurso elocuente en que se veian combatir estos dos sentimien-

fué, inmediatamente, saludado por las mas vivas aclamaciones.



tos y los aplausos, que recibió confundieron su nombre y el del rey. Luis salió de la casa de ayuntamiento, entre aplausos, que se prolongaron, y se advirtió, en su frente, una expresión mas dulce, que era un poco antes la del dolor.

.....

## CAPÍTULO II.

§ I. Turbaciones de la Francia. — Emigracion de los nobles. — Vuelta de Necker. — Noche del 4 de Agosto.

El movimiento de la capital se extendió á toda la Francia, y, en todas partes, las guardias nacionales, formadas sin orden, ni aprobación real, se prepararon á defender su patria, contra los bandidos, y los aristocratas. El conde de Artois, y el príncipe de Condé emigraron; Calonne, la duquesa de Polignac, el príncipe de Lambese, casi todos los favoritos, una parte de los cortesanos, y varios nobles de la provincia los siguieron. De este modo la aristocracia, refugiada en territorio enemigo, continuó sus intrigas con ardor, y mas abiertamente, que